

Atenea

Revista publicada por la Universidad de Concepción

COMISIÓN DIRECTIVA:

Enrique Molina, Samuel Zenteno A., Luis D. Cruz Ocampo,
Salvador Gálvez y Abraham Valenzuela C. (Secretario).

EDITOR Y AGENTE GENERAL: CARLOS JORGE NASCIMENTO

AÑO I

ABRIL DE 1924

NÚM. 1

Atenea



DESPUÉS de cinco años de labor, la Universidad de Concepción ha podido realizar el anhelo de dar a la publicidad por lo menos una revista. Hasta este momento, han debido concretarse sus esfuerzos a la enorme tarea de atender al mantenimiento de sus escuelas.

Pueda ser que, andando el tiempo, al lado de esta revista de carácter general, nos sea permitido ofrecer otras consagradas a dominios particulares de la ciencia, como es propio de toda verdadera Universidad.

Esta revista, como la Universidad que la sostiene, tratará de servir los intereses de la cultura en todas sus dimensiones. Desde los fundamentales de la industria y de la producción material, hasta los superiores del espíritu y de los valores morales. Desde los de la región, hasta los de la patria toda. Será en este sentido nacionalista; pero nó de un nacionalismo estrecho, sino entendido: «1.º, como amor al suelo del país y a sus pobladores, considerados en cuanto núcleos de fuerzas en potencia, capaces de inmenso desarrollo, y 2.º, como amor a la nación en cuanto unidad de vigor dentro de la solidaridad de la raza y de la humanidad.»

La cultura no es algo que se pueda comprimir en los aledaños de la patria. Toma, es cierto, en cada época y lugar, caracteres inherentes a la nacionalidad o a la porción de pueblos que le han dado nueva vida; pero, por su naturaleza esencialmente espiritual, es humana.

Entendemos, pues, encender una nueva luz espiritual de valor humano; luz modesta, si se quiere, pero bien inspirada.

Hemos dado a nuestra revista el nombre de la diosa de la inteligencia, severa y sonriente a la vez. El nombre de Atenea evoca los encantos de la sonrisa áfica curada de frivolidades. Al tratar de hacerla florecer pálidamente en este apartado valle

del Nuevo Mundo, no resurgirá, tampoco, como una sonrisa escéptica, mal que acecha continuamente a la inteligencia pura, sino como una sonrisa llena de esa fe que, por un imperativo de la vida, brota cual surtidor inagotable en el alma de los pueblos jóvenes.

«Sin verdad y esfuerzo no hay progreso» es el lema de nuestra Universidad, y no puede ser otro el de su revista. Lejos, pues, de nosotros la actitud displicente, propia de espíritus caducos y marchitos, de los que hablan del progreso como de añejeces de la pasada centuria; lejos de nosotros el dilettantismo elegante de J. Ortega y Gasset, que proscribía el esfuerzo y proclama que toda actividad debe ser un mero deporte y el arte un juego; y las palabras de Anatole France, cuando dice, burlando, que la humanidad necesita más de la mentira que de la verdad, las tomamos cual dolorido homenaje a la verdad misma.

Se nos dirá, conforme a esa postura elegante y displicente, que nuestros esfuerzos y nuestra lucha por la verdad quedarán en definitiva reducidos a la nada. Cabe que así sea, miradas las cosas en el plano del trascendentalismo metafísico; pero, no tenemos tiempo que perder en estas reflexiones. Mientras tanto, sentimos el llamado imperioso de una clara finalidad de progreso que debemos realizar.

Con los ojos abiertos hacia el porvenir, no dejamos, sin embargo, de mirar el presente, ni desconocemos los valores del pasado. El trigo bíblico, la miel griega y latina y el viejo vino francés o hispánico contienen, sin duda, vigoroso alimento para la naturaleza humana; pero, librenos nuestro decidido propósito de no servir platos fiambres y recalentados, de presentar como necesario y verdadero lo que sólo es necesario y verdadero para que ciertas gentes no vean alterada su tranquilidad.

La inteligencia forma un haz de potencias renovadoras y creadoras en el mundo espiritual. Hay que ofrecerle las oportunidades y rodearla de la independencia de los medios y del amoroso cuidado necesarios para que cumpla con su divina finalidad de creación. Conforme al subtítulo de nuestra revista, que dice que es «de ciencias, letras y bellas artes», cabrá en sus páginas todo tópico de interés humano, sin más restricciones que las señaladas por el método y la técnica inherentes a estos órdenes de actividades.

Queda indicada la índole de nuestra revista. Es, además, amplia y tolerante y, fuera de servir de exponente de la vida universitaria, ella aceptará colaboraciones que representen otras tendencias, bajo la responsabilidad firmada de sus autores, y siempre que por su valor científico o literario, merezcan ser publicadas.

Ofrecemos, pues, esta nueva compañera de la inteligencia y solicitamos, a la vez, ayuda para ella:

- a los hombres de ciencia,
- a los hombres de letras,
- a los estudiosos,
- a las almas jóvenes en general,
- a las universidades del mundo,

a las universidades ibero-americanas en especial. Corresponde a éstas una misión única en la obra de elevar nuestra cultura, de valorizar nuestra bella lengua concisa y de orientar la educación hacia la comprensión mística, la solidaridad y paz

de los pueblos latino-americanos. Corresponde a ellas aventar los sofismas de los que sostienen que la guerra sea una función necesaria e inevitable en la vida de los pueblos.

No excluimos a las universidades norte-americanas porque sabemos que en su docto profesorado predominan nobles y sinceros ideales panamericanistas (que nosotros deseáramos ver limpios de todo monroísmo). No las excluimos, confiando en que en ellas se siente más el aliento de las sombras de Wáshington, de Franklin, de Lincoln y de Wilson, que la de Roosevelt, de fuerte mandíbula de animal de presa, y de sus secuaces, inexorablemente condenados en toda la América Latina.

